

# UNA MALA NOCHE

1

Algo no iba bien. Apuró la cuarta cerveza. Sabía que a esa hora de la noche el control de alcoholemia de la Guardia Civil, que casi todas las tardes se instalaba en el cruce con la carretera de la urbanización, ya se había retirado. Con un gesto breve se despidió del camarero y salió a la desierta explanada de la gasolinera. Orgullosamente contempló el BMW negro que le esperaba aparcado. Al accionar el mando el coche emitió unos grititos de alegría mientras encendía brevemente las luces a modo de saludo. Sonrió con satisfacción. Unas nubes bajas que pasaban a gran velocidad empujadas por un fuerte viento presagiaban lluvia. Se arrellanó cómodamente en los asientos de piel y puso al máximo la calefacción mientras emprendía rápidamente la marcha. Era ya bastante tarde y al día siguiente tenía que entregar el nuevo proyecto de autovía que atravesaba el denso pinar por donde ahora transcurría la sinuosa carretera por la que circulaba. Pensó que en dos años los conductores se ahorrarían más de media hora en recorrer la distancia que separaba la urbanización de la ciudad. Al salir de la gasolinera a toda prisa provocó que otro vehículo se viera obligado a frenar. Cuando apenas llevaba dos kilómetros recorridos empezaron a caer las primeras gotas de lluvia que pusieron en marcha el limpiaparabrisas automático del coche. Al cabo de poco rato la lluvia se convirtió en aguacero, pero los faros de xenón iluminaban bien la calzada y la total ausencia de tráfico le permitía mantener la velocidad. Aceleró un poco más mientras notaba las fuertes ráfagas de viento empujar impacientes el lateral del coche. Los

grandes pinos se inclinaban a modo de saludo a su paso mientras las luces traseras rojas se perdían tragadas por la oscuridad como si fueran los ojos de algún animal diabólico.

## 2

La afilada uña del lince apenas rozó el lomo de la liebre dejando un fino rastro de sangre. Deteniendo su carrera vio impotente cómo su presa se alejaba acogida por el manto protector de la lluvia. Había sido un salto desesperado por parte de ambos. Los ojos aterrorizados de la liebre habían intuido la muerte mientras el lince perdía su última oportunidad tras un prolongado rececho. Una vez más el latigazo de la herida de su pata le había impedido, en el último momento, acertar en el salto y su instinto le decía que no tendría otra oportunidad. Aunque había conseguido días atrás zafarse por poco de la dentellada del cepo, no pudo evitar que éste le golpeará de lado al cerrarse con violenta frustración. Desde entonces llevaba sin probar bocado. Su debilidad era cada vez mayor. La escasez de presas y la herida llevaban inevitablemente a que no pudiera sobrevivir mucho más tiempo... a no ser que encontrara pronto algo de alimento. El frío recorrió su cuerpo mientras las gotas le resbalaban por el borlón negro de su cola y por las largas barbas que reflejaban su condición de adulto. El viento inclinó una vez más los pelos que, a modo de pinceles, coronaban sus puntiagudas orejas. Quedaba un último recurso. Se fue acercando a la carretera mientras sus ojos verde berilo escrutaban la oscuridad. Era un territorio peligroso por donde pasaban aquellos seres veloces que mataban a otros animales y no los devoraban después y donde había muerto su pareja. Siguió andando un largo trecho paralelo al asfalto hasta que, al límite de sus fuerzas, distinguió

en medio de la calzada unos restos aplastados de lo que había sido un conejo. Con cuidado se fue acercando temeroso. Los neumáticos habían dejado su desagradable olor en aquellos despojos, pero el hambre era más fuerte que el asco que le producía. Se disponía a arrancarle al asfalto el escaso bocado cuando oyó a lo lejos un ruido confundido con el viento que era seguido de un extraño resplandor.

### 3

Su viejo tronco de más de veinticinco metros de altura era cada vez más pesado. Tenía la corteza demasiado quebrada y manchas rojizas señalaban los lugares en los que se habían desprendido grandes costras de su piel que yacían pudriéndose en el suelo. Durante más de cuatrocientos años había crecido con robustez junto a los demás pinos del bosque que le rodeaba, pero ahora sus ramas se encontraban plagadas de procesionarias y los hongos parásitos le venían corroyendo por dentro desde hacía demasiado tiempo. Cada vez le costaba más trabajo respirar porque sus hojas aciculares eran más bien escasas. Las innumerables piñas de sus ramas anunciaban que su final no andaba lejos. Ya se había salvado milagrosamente cuando se construyó la carretera. Por pocos centímetros no fue talado como tantos otros. Sin embargo, sus raíces habían quedado seriamente debilitadas por los trabajos de excavación y desde entonces su tronco se inclinaba cada vez más sobre la vía. Su decadencia se había acelerado irremediabilmente en los últimos diez años. Hacía bien poco que escapó del incendio, provocado por la colilla de un conductor que carbonizó gran parte del pinar. En el último momento, cuando ya las llamas empezaban a lamer sus brazos, el aire había

cambiado de dirección. Demasiados golpes de suerte para un simple árbol. Pero el mismo viento que antes le había salvado parecía ahora empeñado en quebrar su tozuda resistencia. Había aguantado a duras penas otros temporales, pero el de aquella noche era especialmente violento y en varias ocasiones el vendaval le había puesto duramente a prueba. Sus hojas puntiagudas se movían frenéticamente emitiendo un murmullo sordo de queja ante las agresiones del viento. Ya no le quedaban muchas más fuerzas para seguir resistiendo. La última ráfaga que soportó la sintió acercarse desde mucho antes por el ensordecedor ruido que el aire arrancaba de las redondeadas copas de los árboles y que se acercaba en la oscuridad como una ola aciaga y gigantesca.

Al salir de una curva pronunciada vio que algo pequeño se movía frente a él en mitad del asfalto. En un fracción de segundo tomó la decisión. No pisó el freno. Iba muy rápido. La carretera era demasiado estrecha y no sabía cómo se comportaría el ABS con el suelo tan mojado y, además, tenía prisa. Mientras una nueva ráfaga de viento, esta vez más fuerte, trataba de desviar el coche de su ruta, vio acercarse los ojos verdes iluminados por los faros de aquella especie de gato en medio de la carretera. La luz tan potente que se acercaba a gran velocidad le dejó paralizado. Sus garras intentaron afianzarse en el asfalto mojado pero no le quedaban ya fuerzas para intentar un nuevo salto y escapar de aquello que bruscamente se le echaba encima. Esperó angustiado lo inevitable. En aquel momento el viento dobló su tronco como nunca antes lo había hecho. Aunque intentaba oponer la menor resistencia posible al aire, notó que sus viejas

raíces comenzaban a romperse y que la húmeda tierra ya no le sostenía. Tras un último y violento estremecimiento se dio por vencido. Vio acercarse unas luces a gran velocidad mientras su pesado tronco iniciaba la caída sobre la carretera. Efectivamente algo andaba mal, aunque nunca llegaría a saber de qué se trataba. Lo presintió cuando oyó un fuerte chasquido y una enorme sombra se precipitó encima suya. Lo último que vio fueron los ojos de fuego verde de aquel animal aterrorizado mientras el sonido del metal aplastado sellaba para siempre su oído.

La oscuridad había vuelto y el lince se acercó cautelosamente al charco rojo que, poco a poco, se iba formando en el asfalto y que le anunciaba el regalo inesperado que le aguardaba debajo de las afiladas hojas del pino y de los hierros retorcidos del BMW.